



EDWARD BUNKER
El escritor
carcelario

Página 3



CONTRATAPA
La pendeja,
un relato
de Luis Soto

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 199 | JUEVES 24 DE SEPTIEMBRE DE 2015



Las complicaciones
de **Belgrano Rawson**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Con el propósito de contar a los niños historias de mujeres de América latina desde un ángulo humano exponiendo sus ideas, su sensibilidad artística, su lucha por la justicia —algo lejano en personajes femeninos de los cuentos tradicionales— acaban de aparecer los primeros títulos: *Frida Kahlo* y *Violeta Parra*, de la colección "Antiprincesas". A cargo del guionista Nadie Fink y el dibujante Pitu, los libros

en coedición de la revista *Sudestada* y el sello Chirimbo, explicitan desde el prólogo el interés de poner en primer plano aquellos personajes que "se ensucian para crecer y divertirse", y se atrevieron a "saltar obstáculos y dejar una obra que trasciende en el tiempo". Ambos títulos tienen un formato apaisado, guiones ágiles, estructura cercana a la historieta, excelente factura gráfica y dibujos a color.

2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 24 DE SEPTIEMBRE DE 2013

Las complicaciones de Belgrano Rawson



GUILLERMO SACCOMANNO

Se dice que una narración es perfecta cuando uno no puede imaginarse contada de otra manera. Y esto, dictamen, si así puede considerárselo, se cumple con *El verano de la Victoria*. Al concluir su lectura, una pregunta surge picando: ¿cómo consigue Belgrano que esto, el milagro, ocurra, que a uno no se le ocurra una forma mejor de contarla? A menudo Belgrano Rawson suele declarar que en sus inicios fue guionista de historietas y también recuerda, como aprendizaje, su pasaje por la redacción de *La Opinión*. Es decir, un escritor que domina la literatura popular del oficio periodístico y puede contar una crónica siguiendo la moral aristotélica del relato: principio, medio, fin. Sin embargo, en sus ficciones, apela a una astucia crolla y no repara en adoptar las mañas del narrador oral. Converter con Belgrano Rawson, mejor dicho, escucharlo, produce una cruz de regocijo y admiración. El modo en que establece las pausas, la forma en que vuelve atrás para redondear un detalle que le parece fundamental en lo que viene contando y no puede pasar por alto. A lo largo de nuestra amistad hemos mantenido una costumbre, cada tanto, cuando él baja de "El Durazno" y yo vuelvo de Villa Gesell, solemos encontrarnos algunos noches a comer por Montevideo y Corrientes. Entonces nos ponemos al día con los asuntos personales. Puro al terminar la conversación a la literaria, si uno trata de sacarle alguna opinión, frasca. A lo sumo, Belgrano referirá su admiración por Camilo y Humberto. Pero yo sé que está hablando intelectualmente. Si se le dice que es, por su estilo, un escritor obsesivo, puntilloso, rechaza con

alguna ironía el elogio y, en particular, esa calidad que muchos lo envían: "Construyo lagunas", dice. Lo que es cierto porque allí, en "El Durazno" parece estar hace años empeñado en crear una laguna cerca de su casa. Lo consigo, esto es para Belgrano Rawson hablar de literatura. Sin embargo, no hay ninguna laguna ni en su narrar oral ni en su escritura. A esta altura ya me acostumbré, cuando nos encontramos, a preguntarle cómo va la construcción de la laguna. Y él a describirme los pormenores de la obra. Y esta es otra vez la manera Belgrano Rawson de hablar de literatura. Contar.

"Lo que yo hago cuando escribo", me confesó alguna vez, "es contar la historia de una. De principio a fin. La escribo derecha. Y después la complicó". Importa acotarlo, eso que llama "complicarla", es justamente el estilo. La narración, tratándose de una novela, en su caso, no siempre empieza por dónde lo haría un escritor ortodoxo. No esperamos esa prolijidad engañosa. La narración puede empezar por el lugar menos pensado. De la misma forma, en este "complicarla", lo que logra, en vez de "complicarla" la trama, es otorgarle una musicalidad que remite al relato oral: avanza, se corta, medita y vuelve atrás, vuelve a aquel detalle, casi seguro, será por ahí donde empezará con otro impulso el capítulo siguiente. Y este capítulo no necesariamente será una continuación mecánica del suspenso que quedó colgando del anterior. "Es que este detalle, fijate", puede decirme, "fijate, es importante".

A propósito de los detalles: cuando ya tenta la enérgica versión de *Rosa de Miami*, su novela sobre la invasión en Cochinos, le faltaba algo que no había encontrado. Consulté a un amigo periodista en Cuba, le faltaba consultar un libro: *Los tangueros de Panfilov*. Quizá los lecto-

res no advirtieran nunca lo que importaba para él el libro ruso, pero le era imprescindible. Así después no lo utilizara tanto como esperaba. Y esta imprevisibilidad del detalle era, ni más ni menos, además de la fidelidad a la historia, el respeto al lector. No se trata de un respeto cifrado en el verismo. Paradójicamente, se trata de los "real" para, desde ahí, pivoteando, circular aquello que en la literatura es engaño pero, en su mentira, suele ser más realista que un noticiero. Hasta no dar con ese libro Belgrano Rawson no daría por terminada su novela. Otro hubiera dado por liquidado el asunto, la novela estaba. Él no. Faltaba ese detalle.

Volviendo a la "complicación" de la trama. Precisamente es esta "complicación", el quebrar la cronología, al cambiar el punto de vista, al traer ese detalle a la escritura, ese ir y venir, una digresión que, más tarde, el lector comprobará que no los, ahí justamente es donde ha virtud ese tono de la oralidad. Intento ser claro explicando algo que para Belgrano es sencillo: "La complicación, es todo". Entonces lo que queda claro es que lejos de ser un artificio, esa "complicación" es el acercarse a una prosa, en su coloquialismo, lo más tersa posible. Porque lo coloquial—nunca abusivo, nunca cliché—no va en desmedro de lo "literario".

La Victoria ha sido antes que cárcel, un prostíbulo. Convertida en cárcel, su estructura original ha permanecido, lo que convierte el lugar en una estructura maltrata y ruñosa en la que todavía se respira el humus prostibulario en un marco siniestro de castigos sordidos. Belgrano Rawson sabe de qué habla. Es cierto que pudo escribir, como se dice, manipulando de una, la historia. Pero no me acordé de Nelson Madaf. En esas noches que nos encontramos, caminan-

do por Corrientes, caminando despacio, porque Belgrano Rawson camina despacio, con una lentitud provinciana, y de la misma forma en que escribe, avanza, se detiene, precisa una frase y vuelve a andar, en una de esas noches, digo, ya entrando en la madrugada, Belgrano me contaba su impotencia y su rabia contra la corrupción y la injusticia de su provincia. Ahí pretendía concentrar su furia en una sola historia. Así se escuché decir con una sonrisa triste que vivirá a no sé cuántos metros "sobre el nivel del mal". Y fue en esa época, cuando ya estaba publicándose *Rosa de Miami*, cuando me contó del caso Madaf. Recurriendo a la intuición y la destreza periodísticas, Belgrano Rawson invitó al pibe a su casa, lo alojó y lo grabó, lo grabó y lo grabó. "Lo hicieron mierda al pibe, lo destruyeron", me decía. Pilas de cassettes. La chance falgona de transcribirlos y ya. Pero no, no estaba. Le faltaba que esa grabación decantara, leerla entre líneas, desconfiarle a la linealidad de los hechos, traducirla a través de la "complicación". Encontrar esos momentos no por cotidianos intrascendentes: una anécdota, la brisa que agita el pelo de la chica que monta la bicicleta del protagonista. "Los detalles, los divinos detalles", les decía Nabokov a sus alumnos de literatura. "Presten atención a los detalles".

Y los "detalles" en este caso, son los que cuentan, esos "detalles" que el periodismo de trazo grueso suele desechar. Obvio no es este el caso. "Los detalles", eso que "complica" la escritura de Belgrano Rawson, son pequeños y preciosos engranajes constituyentes de la trama. Si la vida real no es lineal, por qué habría de serlo esta "novela real"? No se trata, para el escritor, de tener una buena historia (el pibe acusado por un crimen que no cometió, etc. etc.), no basta la buena historia. Hay que tomarse el tiempo de contarla, con esa indignación contenida con la que, caminando de madrugada por la ciudad, un amigo te cuenta una villanía desde un ángulo y desde otro, los cambios de perspectiva en función de la comprensión de la miseria humana, la transmisión de esa bronca y, a la vez, peleando contra el propio escepticismo, insistir en que la escritura puede tener un sentido. Por mínimo que parezca.



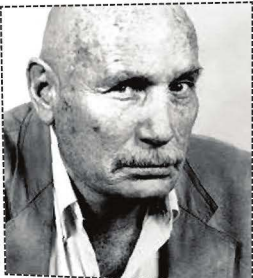
EL DÍA QUE MAIAKOVSKI DESCUBRIÓ AMÉRICA

Mi descubrimiento de América, las crónicas que Vladimir Maiakovski escribió entre 1925 y 1926, es nueva edición (Entropía) que revela la sorprendente mirada anticipatoria sobre la realidad económica, social y cultural de un continente nuevo para el gran escritor ruso. El libro presenta la profunda visión de Maiakovski (1893-1930), iniciador del futurismo ruso, sobre su experiencia en América: una visita

fue a Cuba, un paso por México y una estadía de seis meses en Nueva York, Detroit y Chicago. "Necesito viajar. Para mí, el contacto con todo aquello que respira vida casi constituye la lectura de libros. El viaje emociona al lector de hoy. En lugar de historias ficticias, supuestamente curiosas, sobre imágenes, metáforas y temas aburridos, surgen experiencias interesantes en sí mismas", sostiene el poeta.



JUEVES 24 DE SEPTIEMBRE DE 2015 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



Bunker: el escritor carcelario



LEONARDO HUBER

Edward Bunker (1933-2005) fue el autor de *Huida del corredor de la muerte*, *La educación de un ladrón*, *Perra como perro* y *Stark*, todos publicados en español por Sajalín Editores -co-acción Al Margen-.

Bunker tuvo una infancia difícil, mudándose de casas que aceptaban a niños sin familias a reformatorios, y luego haciendo lo mismo de prisión a prisión. En una época, estuvo en la lista de los hombres más buscado por el FBI y fue, en *Perra de la calle*, la extorsionaria película de Quentin Tarantino, el Señor Blue.

Entró por primera vez a San Quintín con dieciséis años, siendo el prisionero más joven en ser trasladado allí. En *La fábrica de Stark*, el investigador, observador de lo que lo rodeaba, pudo crear una obra potente y cruda basada en sus experiencias dentro de su territorio: los bajos fondos de la ciudad de Los Angeles, California, Estados Unidos, y las celdas del país.

Fueron dieciocho los años que estuvo preso por extorsión, tráfico de drogas y robo con armas de fuego, y fueron dieciocho los años dedicados a la lectura.

Sobre él esto es lo que opina James Ellroy: "Es un caso único en las letras norteamericanas. Sus libros son clásicos del género criminal: novelas sobre criminales, escritas por un ex criminal, desde un punto de vista incorregiblemente criminal".

La obra de Bunker

En 1973 apareció la que era su séptima novela: *No hay fiesta tan feraz*. En ella cuenta las tribulaciones de Max Dembo, ex convicto que tras ocho años en prisión vuelve a su ciudad, quien debe decidir entre intentar mantenerse dentro de la legalidad en una época y geografía que ya no son las de él o volver a insertarse en el mundo del crimen.

En *La fábrica de Stark*, inspirada por Edward Bunker su mejor ficción. La novela cuenta la historia de Alex Hammond entre sus once y diecisiete años. Tras el divor-

cio de sus padres, Hammond decide ir en busca de su progenitor, y es en ese viaje donde se forma precozmente como delincuente, conoce reformatorios y el autoritarismo violento, inhumano y burocrático que hacen de él un adolescente que decide enfrentarse a todo lo preestablecido.

En *Perra como perro*, Gerald Mad Dog McCain y Charles Diesel Carson son convocados por Troy Cameron para cometer un crimen. *Mad Dogy Diesel* no se llevan bien entre ellos, pero los dos confían ciegamente en Troy desde los días del reformatorio, así que antes de hacer el trabajo para el que han sido reunidos deberán dejar de desconfiar uno del otro.

Lo que deben hacer los personajes en la ficción y lo que logra Bunker lo resume James Ellroy: "La mejor novela sobre el atraco a mano armada jamás escrita".

En *La fábrica de animales* (ese era para el autor el sistema carcelario más avanzado), el autor Richard Decker, un muchacho de familia acomodada, es detenido por vender estupefacientes y confinado en San Quintín (cualquier coincidencia entre la realidad y la ficción no es una casualidad). Allí encerrado, perche y comprende

los ghettos raciales en los que se divide la población carcelaria y los territorios que maneja cada banda, así como que sobrevivir en la mis más crítica de los prisioneros no es para pusilánimes. Es en este libro que Bunker logra uno de sus personajes más intensos: el veterano presidiario Earl Coppen, consejero del novato Decker.

La educación de un ladrón se centra en el recluso A20284, y lo que describe esta autobiografía es lo escrito en los cuatro primeros párrafos de esta reseña.

Libros póstumos

Stark, es la historia de Enrie (su apellido es el título de esta novela), que se dedica a extorsionar gente y drogarse mientras fantasea con las falsas velidades del "Sueño Americano", hasta que debe volverse sopón de la policía para no volver a prisión. En esa situación, el supe un plan para utilizarlo queques *Stark* para convertirse en un patrón de la droga.

Huida del corredor de la muerte contiene una serie de relatos que tienen como centro al sistema ju-

dicial, a la pirámide del poder carcelario, a la institucional y a la suerte y desventura de los reos, entre los que se encuentra Troy Cameron, albergado al en el corredor de la muerte.

En *Prótesis*, una de las mejores publicaciones que se encuentran en la web dedicada, en gran parte, a novela negra, Dani Oca, editor de Sajalín Editores, explica: "La idea inicial era publicar traducciones de clásicos modernos inéditos en castellano, pero descubrí a Bunker y pensé: 'Esto es dinamita, ¿cómo es posible que solo se haya traducido su autobiografía y no sus novelas?'". El problema era que sus libros no encajaban en la línea editorial que tenía en mente, y de ahí surgió la colección Al margen. Una colección dedicada a escritores cuyas obras reflejan la cara oscura, y a menudo invisible, de nuestra sociedad: el fracaso, la privación, la codicia, la rabia, la adicción.

Para finalizar, las primeras publicaciones de *La fábrica de animales*: "Dedico este libro a mi hijo. He esperado muchos años a tenerlo para ofrecerle una mano mejor que la que me repartieron a mí."

"Estoy seguro de que jugará sus cartas mejor de lo que yo jugaré las mías."

Relatos, testimonios, cartas y fotografías componen el retrato de un Cortázar poco frecuentado en su itinerario por América latina en el libro *Cortázar en Solentiname*, que ubica el viaje clandestino a ese archipiélago nicaraguense en 1976 como un símbolo de su tránsito y sus firmes convicciones sobre una justicia social que entendía, según sus palabras, como "una dignidad compartida". Editado por Patria Grande,

desmenuza detalles de ese viaje del escritor argentino en plena dictadura de Somoza, y recoge testimonios de los nicaragüenses Ernesto Cardenal y Sergio Ramírez, del cineasta Ico Oscar Castillo (entonces encargado de propaganda del Frente Sandinista; de los salvadoreños Mario Argueta y Claribel Alegria; del poeta argentino Jorge Bocanera y la estadounidense Janet Broff, entre otros.



CONTRATAPA

→ Luis Soto

La pendeja



FOTOGRAFÍA DEL RECENTRO FOTOGRAFICO CARLOS BOGHI/BOGHIARTE

Los dedos del finchador se movían sobre el mantel, como amagando rozar una mano de la pendeja, después retrocedía. Había que ver la pinta de los dedos, ¿los dedos no tienen pinta?, me contaba Zapirain. A Mónica, la pendeja, le costaba sostener su sonrisa, pero los ojos de la madre manejaban la escena, esa y todas. Aquella tarde Zapirain se paró en una puerta lateral de la confitería hasta que llegaron los tres. Era un obsesivo del levante. Dudo que haya cambiado. Cuando me contó la película de la confitería tenía bien fichada a Mónica y buscaba la forma de acercarse. Lanzado a seducir tenía su estilo, sin límites de tiempo, ni distancia. Una vez siguió a una mujer 47 cuadras. No lo contó él, me enteré por Valdora, el dentista que nos atiende. En cuanto la mina olió que la seguía, Zapirain empezó a decir cosas sueltas, haciendo pasas para crear intriga. "Jamás el pipreo cursi, empalagoso, tampoco frases vulgares. La mina viene caminando en su pazo o su quombolo, y si no contesta a los arremos y no te mira, esa mina no da bola y punto. Con la mujer en el escolase es esencial saber si tenés nigro ganador o conviene irse al mazón", solía hablar de su oficio. Esa vez iba a abandonar, pero antes recurrí a un método que no siempre servía. Escribí unas palabras en un pedazo de papel, dije "discúlpame", entregué el moosey y se detuvo. "Llegué a la frontera. Ténar algo que vos, sólo con vos, o a él. C. Cortázar. No sé qué vuelta, una inclinación de cabeza y al rato estaban en un bar conversando con bastante naturalidad. El diálogo duró una hora. Zapirain no lo volvió a ver, pero quedó conforme con su faena. Consideraba a cada avance una fiema. En

España, faena es la actuación de un torero. Sin vestir traje de laces, Zapirain andaba siempre con las banderillistas y una verónica en el repertorio. Otra historia cumplaba el informe de Valdora. En los años 90 Zapirain vivía en Colegiales y todas las mañanas viajaba a Retiro en determinado tren. En el obligado cruz de miradas delandé le traía una mujer, abonda al mismo horario. Nada racional. "Uno se pasa la vida tratando de encontrar unas gotas de misterio, misterio gémimo, no acudado", decía. Casi 6 meses, no esperado que surgiera un diálogo no forzado. Zapirain todavía lleva un diario con la contabilidad de sus faenas: fechas, nombres, detalles. La mujer era psicóloga. Le encantó que entre paros y demoras ella dijera: "esta relación es fenotípica". Fue creciendo la amistad y 304 días después compartieron una tarde en un hotel de la calle Azuacena. "Misterio con demasidas arrugas, le vendría bien un lifting", anotó Zapirain. Confitería, toma 2. El me había marcado a la pendeja, la vi silbando de un cine con la madre. Podría tener 20 años, o 17, era alta, piernas largas y delgadas, camisa con escote generoso, melena lacia cayendo sobre la espalda, labios buscones, la mirada diciendo aquí estoy, esa prepotencia que se hace desafiante cuando se juntan belleza y juventud. Terrible contraste con la madre. Peluca de un rubio platinado, bocea pinturajada de milonguera de Goerriera y zapatoques con plataforma de 25 centímetros, con un talón de 10 centímetros. La madre, con menos margen de error que una tomografía. Superados los 50, creía ser Anita Ekberg lista para meterse en la fon-

tana de Trevi, pero no iba más allá de Silvia Siller pisoteando charcos en Villa Zagala. De guardia en la confitería, Zapirain tuvo que bancar la deliberada lentitud con que el espónsor estacionó una cupé Mercedes. Era algo mayor que la madre, se llamaba Octavio. Que la pendeja bajara de la cupé lo convertía en emenigo. Zapirain siempre rescataba el mérito de todo hombre que como simple peatón intenta levantarse a una mujer. "Pulsar con un aparato que tiene semejanza cupé es un episodio de la lucha de clases. De a pie los de abajo nos defendemos con calle, chamuyo y muñeca", decía. La categoría de la máquina inspiró a Zapirain. "Cupé rima con misbe", se dijo y surgió un apodo: el espónsor. Le pregunté por su aspecto. "Cara, mirada y silencios más de dealer que de visitante médico", fue preciso Zapirain. Piel bronceada en solarium techado, pelo canoso corto, remera ajustada a los torcos, mocasines blancos, completó el retrato. Confitería, toma 3. El espónsor eligió una mesa en el fondo del salón y se sentó en una silla enfrentada a la pared. No quería que lo vieran con esas mujeres. Zapirain se instaló en una mesa vecina. Té con leche fría, masas y sandwichs de miga, encargó el espónsor. El hombre no gastaba en palabras, era suficiente el discurso de la cupé. La chillona voz de la madre animaba la charla. Dígamen María Inés, le pidió a Octavio. Por la forma en que ellas elevaban el tono de sus voces, el espónsor debía tener un hijo, un hijo que él me dijo que ayudaba a alimentar la base de datos de Zapirain. El mozo llevó el pedido. La madre intentó tomar una masa con el tenedor. "Con la mano, querida, yo les sirvo el té", explicó Octavio. "Tenías que ver la gula liberada de la vie-

ja, se le iban los ojos de los triples de crudo y queso a las bombas de chocolate", se reía Zapirain. "Una noche, en París, ustedes han estado, claro...", arrancó el espónsor. "La nena no connoce, yo estuve sólo un día, de paso para Madrid", dijo la madre. "Tengo que volver en un mes, si Mónica está libre...", deslizó el espónsor como si hubiera propuesto ir a ver vióderas al shopping del Ahabito. "Octavio viaja por negocios, seguro que va a estar libre", dispuso la madre. "No es ciudad para un día París", el espónsor habló con la autoridad de Gerard Depardieu. Zapirain se planteaba cómo y dónde había encajado a la pendeja. "María Inés controlaba todo, no daba un metro de ventaja", dijo. Esfumados sandwichs y masas, la charla languidecía. "Tengo que ver a mi abogadito", dijo Octavio. "Habría dicho que tenía un compromiso", desapareció la madre. Pero ahora el espónsor conducía. "Prueben el lemon pie, es delicioso", "Otro día", se empacó la vieja. El espónsor estró la mano enguntada, "te llamo a la noche", fue su saludo a la pendeja, pagó en la caja y se vio subir a la cupé. Lo de los guantes había sido duro. Parece que cuatro dedos de Octavio no terminaban con los nuestros. En lugar de ella había una especie de ombligo retorcido como un caracol y sacado por cartílagos visfósicos. Al ver esos dedos la pendeja hizo una mueca de rechazo, entonces el espónsor se calzó los guantes que hacían juego con la cupé. "Cuanta clase tiene el Octavio", controlaba María Inés, se carrió, dijo la nena. "Vos dejá que vaya mostrando las cartas", dispuso la vieja sin ver que dos mujeres se habían arrimado a

la mesa. La mayor vestía un traje negro de corte masculino. "Permisito", dijo, enseñó una credencial y apagando la voz advirtió: "tiene que venir conmigo", "¿Adónde?", "Me voy a sentar para que parezca que nos conocemos", "¿Yo? Es una broma...". "No se altere, pero hay una denuncia contra usted". "Andá al toilet, nena", ordenó la madre, cuando la vio alegrarse dijo: "debe haber un error, ¿de qué me pueden acusar?", "Trata...", "Por Dios...". "Trata de menores". "Es una madre católica, la nena es mi hija", "¿Tu hija...?". María Inés siente que la voz ya no le responde. La mujer del traje sastre repite "está todo grabado", y como no hay resistencia, dicta el final: "Salgan solas. Van a subir al patrullero más adelante, cuando las alcance. Ni se te ocurra nada raro". Zapirain rindió la historia. "El mozo me dijo que el entregador fue el espónsor. Para en esa confitería. A veces anda en moto, cuando lo toco la cupé tiene que entregarla en el garaje de una empresa de seguros. Ahí se pone una campera, una gorra de beisbol y unos ray-ban que le cubren la cara, cambia los mocasines blancos por borrequejos. Van a pagar en mano. Yo voy a empujar a pagar en carne propia. Le tocó buchonear a gente metida en el tráfico de fierros. Cuando lo cazaron se largó a llorar. En una isla del Tigris le arrancaron las uñas. Con un puzle me fue, dice el mozo", describió Zapirain el ajuste de cuentas. "Euborá, lo que me creció fantástico es que en medio de su labor de ablandar la mina policía le dijo a la vieja: "acomódese la peluca, quedó ladeada sobre la sien", y esa madama de albañal se olvidó de todo, sacó un espejito y se ajustó el quinchito.